

17. Entrar en la oración de Jesús

La oración de Jesús en nuestra carne abre el Cielo al mundo para que el Espíritu pueda descender sobre Él, en la belleza y la paz de la paloma, y el Padre puede decirle a cada pecador que se une a su Hijo, y que el Hijo une a sí mediante el bautismo: "Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco" (Lc 3,22).

Dije que San Lucas "se detiene" en esta escena, en esta imagen. Nos invita, de hecho, a detenernos ante el misterio de la oración de Jesús, y a entrar en ella, a penetrar en ella. Porque nosotros tenemos siempre la tendencia a no parar para entrar verdaderamente en el misterio de Cristo. Corremos hacia lo que deseamos, lo que queremos lograr, lo que queremos poseer. También corremos hacia todo lo que Cristo vino a traer al mundo, por ejemplo, su salvación. Pero es como si estuviéramos corriendo delante de Él, como si estuviéramos superando a Jesús para obtener lo que Él nos da. Olvidamos que todo lo que Cristo nos ha traído está "encerrado" en él, y solo podemos poseerlo en Él, en su presencia, en su amor, en su cuerpo, en su corazón. San Pablo dice esto muy claramente cuando escribe a los Colosenses: "Porque en él habita la plenitud de la divinidad corporalmente, y por él, que es cabeza de todo Principado y Potestad, habéis obtenido vuestra plenitud" (Col 2,9-10).

¿Qué puede ser más precioso en Cristo que su comunión con el Padre en el Espíritu y, por lo tanto, de su oración? Quien entra en la oración de Cristo entra en su amor eterno, y en todo lo que el Hijo pide, obtiene y recibe del Padre, para sí mismo y para todos nosotros. Por esta razón, decía, lo primero que San Benito y todos nuestros padres, madres y maestros quieren enseñarnos es precisamente este detenerse para entrar en Cristo, que nos acoge con un corazón abierto, incluso con un corazón desgarrado, en su comunión de oración y de amor con el Padre.

Sería suficiente citar el final del capítulo 72 de la Regla: "No antepongan absolutamente nada a Cristo, que nos conduce a todos juntos a la vida eterna" (RB 72,11-12).

"Anteponer" o "preferir" algo a Cristo implica la elección o tendencia de poner algo que no es Él antes que a Él, ante Él, y luego entre nosotros y Él. Es como crear una distancia, una distancia de tiempo o de intereses, entre nuestro corazón y la persona del Señor. Significa afirmar que algo diferente de Él es más importante para nosotros; tal vez solo por unos minutos, pero esto es suficiente porque de hecho elegimos y decidimos que Él no es el tesoro más importante de nuestra vida. Por supuesto, en teoría afirmamos que Él lo es todo, y en el fondo estamos convencidos de que solo Él nos salva y que Él es el Señor del cosmos y de la historia. Pero ahora, en este pequeño momento, en esta pequeña circunstancia, es como si estuviéramos haciendo un paréntesis, como si le estuviéramos diciendo al Señor: "¡Espera un minuto, dame tiempo, déjame terminar lo que hago, lo que pienso, lo que digo, luego te prestaré la atención que mereces!" ¡Como si Él no mereciera de inmediato y siempre toda nuestra atención!

Pero la Regla nos hace entender que San Benito, como toda la tradición monástica, era consciente de que esta tendencia a hacer esperar a Cristo, la tenemos especialmente cuando se trata de orar, de entrar en su oración. Efectivamente, la Regla nos pide, con los mismos términos y el mismo tono, "no preferir nada a Cristo" y "no preferir nada a la Obra de Dios", es decir, a la oración común (cf. RB 43,3). Precisamente porque San Benito es consciente y está convencido de que el primer y fundamental don que recibimos en Cristo es su oración, su relación con el Padre.

Pero San Benito no tiene una concepción dualista que distinga entre oración y vida, entre oración y trabajo, entre oración y relaciones humanas, con hermanos o con los pobres que llaman a la puerta. ¿Por qué? Porque San Benito, como todos los santos, sabía por experiencia que es a través de la oración de Cristo que recibimos todo lo demás, que todo lo demás es un don del Padre, y que todo lo demás puede ser vivido como Jesús lo vivió, acogiéndolo como un don de Dios.

El dualismo entre oración y vida, entre acción y contemplación, entre vida diaria y espiritualidad es un dualismo entre *nuestra* oración y *nuestra* vida, entre *nuestra* acción y *nuestra* contemplación, entre *nuestra* espiritualidad y *nuestra* cotidianidad. Pero si aceptamos el don de participar en la oración del Hijo de Dios, este dualismo está derrotado, porque la oración de Jesús es una relación que en su amor por el Padre abarca toda la vida, toda actividad, toda la cotidianidad. ¿Cómo lo abraza? Recibiéndolo del Padre, acogiéndolo todo como su don, como su obra, como su providencia.

Pero esto significa que realmente entramos en la oración de Jesús si en ella estamos dispuestos a aceptar todo lo que Jesús le pide al Padre y acoge de Él.

Para entender lo que esto significa, o lo que esto debería significar para nosotros, volvamos al capítulo 17 de San Juan. Como dije, es la oración más larga de Jesús al Padre que relatan los Evangelios. Si realmente queremos detenernos ante el Jesús orante después del bautismo en el Jordán y entrar en el misterio de su oración, este capítulo de Juan debería convertirse en el objeto de una meditación particular.

Sin embargo, antes que nada, debe tenerse en cuenta una cosa. En el Evangelio Jesús no nos enseña muchas "técnicas de oración". Los gestos y las formas de su oración no fueron particularmente originales. Jesús oró como los judíos devotos de su tiempo. Amaba retirarse en silencio y durante la noche. Se dice que a veces rezaba de rodillas. Ciertamente rezó con los Salmos, que sabía de memoria. En relación con los tiempos y los momentos de la oración de Jesús, el Evangelio no entra en detalles, sino que nos dice que debemos "orar siempre, sin cansarnos" (Lc 18,1). En pocas palabras, como dice Lucas en la escena del Bautismo, Jesús "*estaba en oración*", era un orante, fuera lo que fuese que hiciera. Jesús era oración viva. Vivía en la oración y la oración abrazaba toda su vida y todo lo de su vida.

Siendo una relación de amor con el Padre, la oración de Cristo era, por su propia naturaleza, más grande que su misma vida terrenal, la impregnaba y la abarcaba toda. Toda su vida estuvo unificada por su relación con el Padre, por su estado de oración filial. Jesús fue el primero en corresponder en todo momento al deseo del Padre de tener "adoradores... en espíritu y verdad" (Jn 4,23).